

ella está comprendido) ha sido, por otra parte, en todas las leyes morales de diversas épocas, considerado principalmente como la inmoralidad en sentido propio, al punto que hoy la palabra malvado nos hace desde luego pensar en el daño voluntario hecho al prójimo y á la comunidad. No es entre «egoísta» y «altruista» la diferencia fundamental que ha llevado á los hombres á distinguir lo moral de lo inmoral, lo bueno de lo malo, sino más bien entre *el apego á una tradición, á una ley, y la tendencia á independizarse de ella*. La manera como la tradición ha nacido es, desde este punto de vista, indiferente; en todo caso, sin tener relación al bien ó al mal, ó cualquier imperativo inmanente ó categórico, sino atendiendo principalmente á la conservación de una comunidad, de una raza, de una asociación, de un pueblo; todo hábito supersticioso, que debe su nacimiento á un accidente interpretado erróneamente, produce una tradición que es moral seguir; independizarse de ella es peligroso, más nocivo aún á la sociedad que al individuo (porque la divinidad castiga el sacrilegio y toda violación de sus privilegios en la comunidad y por ende en el individuo). Por consiguiente, toda tradición se hace continuamente más respetable á medida que su origen se aleja, que está más olvidado; el tributo de respeto que se le debe va acumulándose de generación en generación, la tradición acaba por hacerse sagrada é inspirar veneración; y así la moral de la piedad es una moral en todo caso mucho más antigua que la que demanda acciones altruistas.

97. *El placer en la moral*.—Una especie importante de placer, y por consiguiente, fuente de moralidad, proviene de la costumbre. Se hace lo habitual más fácilmente, mejor, y por lo tanto, con mayor agrado; se

siente en ello placer, y se sabe que lo habitual ha sido probado, que tiene, pues, utilidad. Toda costumbre con la cual se puede vivir, ha demostrado ser saludable, provechosa, en oposición á todas las tentativas nuevas no probadas todavía. La costumbre es, por consiguiente, la unión de lo agradable y de lo útil y que no exige reflexión. Tan pronto como el hombre puede ejercer cualquier dominio, lo ejercita para conservar y propagar sus costumbres, pues á sus ojos son la sabiduría garantizada. Del mismo modo una comunidad de individuos obliga á cada elemento aislado á un mismo hábito. En ello se comete esta falta de razonamiento; porque uno encuentra bien una costumbre, ó á lo menos porque con ella conserva su existencia, esa costumbre es necesaria, pues pasa por la posibilidad única en que uno puede encontrarse bien, el bienestar de la vida parece no provenir sino de ella. Este concepto de lo habitual como condición de existencia es llevado hasta los más pequeños detalles de la costumbre: como la inteligencia de la causalidad verdadera es muy reducida en los pueblos y las civilizaciones de nivel poco elevado, sea spira con temor supersticioso á que todo vaya al mismo paso que uno, aun en aquello en que la costumbre es penosa, dura, pesada; se la conserva en vista de su utilidad superior aparente. No se sabe que el mismo grado de bienestar puede existir con otras costumbres, y que hasta puede alcanzarse grados más elevados. Pero de lo que uno se da cuenta perfectamente es de que siempre las costumbres, por duras que sean, se hacen con el tiempo más agradables y más suaves, y que el régimen más severo puede trocarse en hábito, y por lo tanto, en placer.

98. *Placer é instinto social*.—Por sus relaciones

con otros hombres, el hombre adquiere una nueva especie de *placer* que se añade á los sentimientos de placer que saca de sí mismo; por ello extiende considerablemente el dominio del placer en general. Quizá muchos elementos que entran en este género les son venidos por herencia de los animales, los cuales sienten evidentemente placer cuando juegan juntos, por ejemplo, la madre con sus pequeñuelos. Por otra parte, que se reflexione en las relaciones sexuales que hacen que casi toda mujer parezca interesante á todo hombre en atención al placer, y reciprocamente. El sentimiento de placer fundado en las relaciones humanas hace, en general, al hombre, mejor; el gozo común, el placer que se disfruta colectivamente parecen acrecentarse; dan al individuo seguridad, le ponen de mejor humor, disuelven la desconfianza, la envidia; se siente mejor y ve que igualmente los demás se sienten mejor. *Las manifestaciones similares de placer* despiertan la imagen de la simpatía, el sentimiento de ser semejantes: es porque tienen también sufrimientos comunes, las mismas tempestades, los mismos peligros, los mismos enemigos. En ello sin duda se funda la más antigua asociación; tiene el sentido de una redención y de una protección común contra un disgusto que amenaza, con provecho de cada individuo. De esta manera el instinto social nace del placer.

99. *Lo que hay de inocencia en las acciones llamadas perversas.*—Todas las acciones perversas son motivadas por el instinto de conservación, ó más exactamente todavía, por la aspiración al placer y la huida del disgusto en el individuo; por lo tanto, siendo así motivadas no pueden ser perversas. Causar disgusto esencialmente, *no existe* sino en el cerebro de los filósofos, como tampoco existe «causar placer esencial-

mente» (la piedad en el sentido de Schopenhauer). En la condición social anterior al Estado, matamos un ser, mono ú hombre, que quiere coger antes que nosotros un fruto del árbol, justamente cuando tenemos hambre y corremos hacia el árbol: lo mismo que haríamos hoy con el animal viajando en comarcas salvajes. Las malas acciones que nos indignan hoy descansen en el error de que el hombre que las comete, en relación á nosotros tendría libre voluntad, y que, por consiguiente, habría dependido de *su buen deseo* el no inferirnos ese agravio. Esta creencia en el buen deseo despierta el odio, la venganza, la malicia, la perversión entera de la imaginación, siendo así que nos enojamos mucho menos contra un animal por creerlo irresponsable. Hacer el mal, no por instinto de conservación sino por *represalia*, es la consecuencia de un raciocinio erróneo y por lo mismo igualmente inocente. El individuo puede, en las condiciones sociales anteriores al Estado, tratar otros seres con dureza y crueldad para aterrorizarlos; quiere asegurar su existencia dando pruebas aterradoras de su poder. Así procede el violento, el poderoso, el fundador de un Estado primitivo que somete á su dominio los más débiles. Tiene para ello derecho, como el Estado de hoy se lo toma, ó por decir mejor, no hay derecho que pueda impedirselo. La primera condición para que se establezca el terreno de toda moralidad es que un individuo más fuerte ó una colectividad, por ejemplo, la sociedad, el Estado, someta á los individuos, y por consiguiente, los saque del aislamiento y los reuna en un vínculo común. La moralidad no viene sino después del *constreñimiento*; es ella misma por cierto tiempo todavía un constreñimiento al cual uno se adhiere para evitar el disgusto. Más tarde llega á hacerse una

costumbre, más tarde aún una libre obediencia, por fin casi un instinto; entonces es, como todo lo que existe desde tiempo atrás, habitual y nanatural, encadenado al placer, y toma el nombre de *virtud*.

100. *Pudor*.—El pudor existe en donde quiera que haya un «misterio»; es éste un concepto religioso que tenía en los más antiguos tiempos de la civilización humana una gran extensión. En todas partes había dominios limitados, á los cuales el derecho divino prohibía el acceso, salvo bajo ciertas condiciones: fué primero la prohibición enteramente local, en el sentido de que ciertos lugares no podían ser hollados por el pie de los profanos, que al acercarse á ellos sentían inquietud y espanto. Este sentimiento fué por diversos modos transportado á otros objetos, por ejemplo, á las relaciones sexuales que, siendo un privilegio y un *adyton* de la edad más madura, debían ser sustraídas de las miradas de la juventud para su bien: la custodia de estas relaciones y su santificación, eran asunto que competía á numerosas divinidades, que eran reputadas como centinelas colocados en el departamento nupcial. «En el idioma turco este departamento se llama por esta razón *Harem* «santuario», y por consiguiente, está designado con el nombre usual para los pórticos de las mezquitas.» Así es como la realeza, centro del cual brotan el poder y el esplendor, es para el súbdito un misterio lleno de secreto y de pudor, efecto del cual muchos vestigios se dejan sentir hoy todavía en los pueblos que no se cuentan, por otra parte, entre los pudorosos. Del mismo modo, el mundo entero de los estados interiores, lo que se llama «el alma», es todavía actualmente un misterio para todos los no filósofos, como consecuencia de lo que, durante un tiempo indefinido, fué creído digno de un origen divi-

no de relaciones con la divinidad; es, por consiguiente, un *adyton* y despierta el pudor.

101. *No juzguéis*.—Debe uno evitar, al estudiar las épocas antiguas, el empeñarse en una censura injusta. La injusticia en la esclavitud, la crueldad en la sujeción de las personas y de los pueblos no deben medirse con nuestra medida, puesto que en aquel tiempo el instinto de la justicia tampoco se había desarrollado. ¿Quién se atreverá reprochar al genovés Calvino haber hecho quemar al médico Servet? Fué esto una acción lógica que se desprendía de sus convicciones; y aun la Inquisición tiene su justificación. ¿Qué es, en realidad, el suplicio de un hombre en comparación de los eternos suplicios del infierno para casi todos? Y, sin embargo, esta concepción reinaba entonces sobre el mundo entero, sin que el honor más grande hiciese de ella un mal esencial ante la idea de Dios. Entre nosotros también, los sectarios políticos son tratados de manera dura y cruel, pero estando acostumbrados á creer en la necesidad del Estado, no se sienten en este caso las crueldades tanto como en aquellos cuyas concepciones nos repugnan. La crueldad para con los animales que se muestra entre los niños y entre los italianos se produce por falta de inteligencia: el animal ha sido, particularmente por interés de la teoría clerical, puesto atrás, muy atrás del hombre. Lo que todavía atenúa muchos horrores é inhumanidades increíbles en la historia, es la consideración de que el que ordena y el que ejecuta son personalidades diferentes: el primero, no presencia el hecho, y, por consiguiente, no presencia ninguna dura impresión sobre su imaginación; el segundo, obedece á un superior, y, por lo tanto, se cree irresponsable. La mayor parte de los príncipes y de los jefes militares, producen fácilmente

te, por falta de la imaginación, el efecto de hombres duros y crueles sin serlo.

El egotismo no es perverso, porque la idea del «próximo»—la palabra es de origen cristiano y no corresponde á la realidad—es en nosotros muy débil, y nosotros nos sentimos libres é irresponsables hacia él casi como hacia la planta y la piedra. El sufrimiento de otro es cosa que debe *aprenderse*, y jamás puede ser aprendida plenamente.

102. *El hombre obra siempre bien*.—Nosotros no nos quejamos de la naturaleza como de un ser inmoral, cuando deja caer sobre nosotros una tempestad y nos empapa hasta los huesos. ¿Por qué llamamos inmoral al hombre que perjudica? Porque en éste admitimos una voluntad libre que se ejerce voluntariamente, y en aquélla una necesidad. Pero esta distinción es un error. Además, hay circunstancias en que no llamamos inmoral ni aun al hombre que daña intencionalmente; no se tiene escrúpulo, por ejemplo, en matar intencionalmente á una mosca, tan sólo porque nos fastidia su zumbido; se castiga intencionadamente al criminal y se le hace sufrir para garantírnos á nosotros mismos, y con nosotros á la sociedad. En el primer caso, es el individuo quien, para conservarse ó para no sufrir disgustos, hace sufrir intencionalmente; en el segundo, es el Estado. Toda moral admite el mal realizado intencionalmente en el caso de *legítima defensa*, es decir, cuando se trata del *instinto de conservación*. Pero estos dos puntos de vista bastan para explicar todas las malas acciones cometidas por los hombres contra los hombres. Se procura ó evitar el disgusto ó procurarse el placer; y tanto en el uno como en el otro sentido, se trata sólo del instinto de conservación. Sócrates y Platón tienen razón: el hom-

bre procede bien. Proceda como quiera, es decir, en favor de lo que le parece bueno (útil) según su grado de inteligencia, según el estiaje de su razonamiento.

103. *La inocencia de la maldad*.—La maldad no tiene por fin esencialmente el sufrimiento de otro, sino su propio gozo, bajo la forma, por ejemplo, de un sentimiento de venganza ó de una fuerte excitación nerviosa. Nada prueba como la incomodidad cuánto placer existe en ejercer poder sobre otro y llegar por ello al sentimiento agradable de la superioridad. Veamos ahora: *la inmoralidad*, ¿consiste en *quitar á otro su gusto ó su disgusto*? *El goce de dañar* ¿es diabólico, como dice Schopenhauer? El hecho es que sacamos placer de la naturaleza rompiendo ramas, estrellando piedras, combatiendo los animales salvajes, y todo para convencernos de nuestra fuerza. *El hecho de saber* que otro sufre por nosotros, ¿haría ahora inmoral la misma cosa, en relación á la cual nos sentimos, de otro modo, irresponsables? Pero si eso no se supiera, tampoco se encontraría en ello el placer de la superioridad; éste no puede manifestarse sino en el sufrimiento de otro, por ejemplo, en la incomodidad. Todo placer en sí mismo no es ni bueno ni malo; ¿de dónde vendría entonces la distinción de que para complacerse á sí mismo no tiene uno derecho de disgustar al otro? Únicamente del punto de vista de la utilidad, es decir, de la consideración de las *consecuencias*, de un disgusto eventual, en el cual el hombre perjudicado, ó el Estado que lo representa, haría esperar un castigo y una venganza; sólo esto puede haber suministrado motivo originariamente para prohibir tales actos. La piedad tiene en tan pequeña escala por fin el placer de otro, como la maldad su dolor, puesto que aquélla oculta dos elementos (quizá

más) de placer personal, y no equivale este punto de vista sino al contentamiento de sí mismo: al principio, existe en ella el placer de la emoción, tal como se representa la piedad en la tragedia; después al pasar al acto, el placer de contentarse ejerciendo su poder. Por poco que una persona que sufre nos esté muy próxima, nos quitamos de encima un sufrimiento realizando actos de piedad. Excepto algunos filósofos, los hombres han colocado siempre la piedad en un rango bastante bajo en la serie de los sentimientos morales, y con espléndido derecho.

104. *Legítima defensa.*—Si se acepta de una manera general la legítima defensa como moral, es necesario admitir también casi todas las manifestaciones del egoísmo llamado inmoral. Procede uno mal, roba, mata, ó para conservarse, ó para garantizarse, ó para prevenir algún infortunio personal; miente uno cuando la astucia y el disimulo son el verdadero medio de satisfacer al instinto de conservación. Dañar premeditadamente cuando se trata de nuestra existencia ó de nuestra seguridad (conservación de nuestro bienestar), es admitido como moral; aun el Estado daña, desde el mismo punto de vista, cuando pronuncia una sentencia. No puede, naturalmente, consistir la inmoralidad en dañar por ignorancia; en esto reina la casualidad. ¿Existe entonces una acción premeditada de dañar, aunque no se trate de nuestra existencia, de nuestro porvenir? ¿Existe entonces alguna especie de acción de dañar con premeditación, intencionalmente, por pura perversidad, como sucede, por ejemplo, en la crueldad? Si uno no sabe el mal que produce su acto, no es una maldad la que ejecuta; así el niño, en lo que al animal se refiere, ni es perverso ni es malvado; le maltrata y le destruye

como á su juguete. ¿Pero se sabe alguna vez plenamente el mal que un acto causa á otra persona? El límite dentro del cual se extiende la acción de nuestro sistema nervioso, es aquel en que nos guarecemos del dolor; si se extendiera más, si alcanzara á más lejos, hasta á nuestros semejantes, no haríamos mal á nadie (salvo en el caso en que nos lo hacemos á nosotros mismos, por ejemplo, cuando nos preocupamos por nuestras comodidades, cuando nos fatigamos y esforzamos por nuestra salud). *Concluimos*, por analogía, que si alguna cosa puede hacer mal á alguien, por el recuerdo y la fuerza de la imaginación podemos también sufrir ese mismo mal en nosotros mismos. ¡Pero cuánta diferencia queda siempre entre el dolor de muelas y el mal (compasión) que produce la vista de la enfermedad de las muelas! Así, pues, cuando uno daña, como se dice, por maldad, *el grado* del dolor causado nos es, en todos los casos, desconocido; y cuando se ejecuta un acto á la medida del *placer* que hay en él (sentimiento del propio poder, de la propia excitación fuerte), el acto se ejecuta para conservar el bienestar del individuo, y debe mirarse, por lo tanto, desde el mismo punto de vista de la legítima defensa, de la mentira legítima. *Sin placer no hay vida*; el combate por el placer es el combate por la vida. Saber si el individuo libra este combate de manera que los hombres le llamen *bueno* ó de manera que le llamen *malo*, es cuestión que deciden el nivel ó la naturaleza de su *inteligencia*.

105. *La justicia retributiva.*—Quien se ha penetrado plenamente de la teoría de la irresponsabilidad completa no puede ya colocar dentro de la categoría de la justicia, lo que se llama justicia de las penas y de las recompensas: suponiendo que la justicia consista en dar

á cada cual lo que le pertenece. Puesto que el que es castigado no merece el castigo que es solamente empleado como un medio de evitar la repetición en adelante de ciertos actos por medio del terror, se sigue que aquello que se recompensa no merece recompensa; lo que se hace, se hace porque no se puede hacer de otra manera. Así, pues, la recompensa no tiene otro sentido que el de alentar al que la recibe y á los demás para proporcionar un motivo de acciones futuras: el elogio se tributa al que corre en la carrera, no al que está en el término de ella. Ni castigo ni recompensa: son cosas que llegan al individuo *como perteneciéndole*; le han sido dadas por razones de utilidad, sin que haya tenido por qué pretenderlas con justicia. Es necesario decir también: «El sabio no recompensa porque se ha obrado bien», así como se ha dicho: «El sabio no castiga porque se ha obrado mal, sino para que en adelante no se obre mal.» Si desaparecieran el castigo y la recompensa, desaparecerían también los motivos más poderosos, que alejan de ciertos actos que conducen á otros; la utilidad de los hombres exige su mantenimiento; y estando expresado, que castiga y recompensa, que censura y elogia, agitan la vanidad más sensible, esa misma utilidad exige el mantenimiento de la vanidad.

106. *El borde de la cascada.*—Contemplando una caída de agua, creemos ver en las innumerables ondulaciones, serpenteos, rompimientos de las ondas, la libertad de la voluntad y el capricho; pero todo es necesidad, cada movimiento puede calcularse matemáticamente. Lo mismo exactamente pasa con las acciones humanas: si uno fuera omnisciente, debería poder calcular de antemano cada acción, y hasta cada progreso del conocimiento, cada error, cada maldad. El hom-

bre al obrar por sí mismo se halla, es verdad, en la ilusión del libre albedrío; si por un instante la rueda del mundo se detuviera y hubiese en ella una inteligencia calculadora omnisciente para aprovechar esa pausa, podría ella continuar calculando el porvenir de cada ser hasta en los tiempos futuros más remotos, y marcar cada trazo del camino por el que la rueda tendría que pasar en adelante. La ilusión sobre sí mismo del hombre que actúa, la convicción de su libre albedrío, pertenecen igualmente á aquel mecanismo que es objeto de cálculo.

107. *Irresponsabilidad é inocencia.*—La completa irresponsabilidad del hombre en relación á sus actos es la gota más amarga que el investigador debe deglutir cuando ha estado acostumbrado á ver en la responsabilidad y el deber los títulos de nobleza de la humanidad. Todas sus apreciaciones, todos sus designios, todas sus inclinaciones aparecen, por tal causa, sin valor y falsos; su sentimiento más profundo, el que hacía al mártir, al héroe, ha adquirido *el valor de un error*; no tiene ya el derecho de alabar ni de censurar, pues á nada le conduce alabar ó censurar la naturaleza y la necesidad. Así, ama una buena obra, pero no la alaba porque no puede ella nada por sí misma; tal como se encuentra delante de una planta, del mismo modo debe encontrarse delante de las acciones de los hombres, delante de sus propias acciones. Puede admirar su fuerza, su belleza, su plenitud, pero no le es permitido encontrar mérito en ellas; el fenómeno químico y la lucha de los elementos, las torturas del enfermo que tiene sed de curación, tienen justamente tantos méritos como las luchas y angustias del alma en que se está importunado, ó mejor, mortificado en diversos sentidos, hasta que al fin

uno se decide por el más poderoso, como se dice (pero en realidad, hasta que el más poderoso decide de nosotros). Pero todos estos motivos, por grandes que sean los nombres que les demos, han salido de las mismas raíces en que creemos que residen los venenos maléficis; entre las buenas y las malas acciones no hay diferencia de especie, sino, cuando más, de gradación. Las buenas acciones son malas acciones sublimadas; las malas acciones, son buenas acciones groseramente, neciamente realizadas. Un solo deseo del individuo, el del gozo de sí mismo (unido al temor de que sea frustrado), se satisface en todas las circunstancias, cualquiera que sea la manera como el hombre pueda, es decir, deba actuar; sea con actos de venganza, de vanidad, de placer, de interés, de maldad, de perfidia, sea con actos de sacrificio, de piedad, de investigación científica. Los grados del raciocinio deciden en qué dirección cada uno se dejará arrastrar por este deseo; existe continuamente presente en cada sociedad, en cada individuo, una jerarquía de bienes, conforme á la cual determina sus actos y juzga los de otro. Pero esta escala de medida se transforma continuamente; muchos actos se llaman malos y no son sino torpes, porque el nivel de la inteligencia que se ha decidido por ellos era muy bajo. Mejor todavía, en cierto sentido, aun hoy *todos* los actos son torpes, porque el nivel más elevado de la inteligencia humana que puede alcanzarse actualmente será, por cierto, sobrepasado; y entonces, mirando hacia atrás, toda *nuestra* conducta y todos *nuestros* juicios parecerán tan limitados é irreflexivos, como la conducta y los juicios de las tribus salvajes atrasadas nos parecen hoy limitados é irreflexivos. Darse cuenta de todo esto puede causar profundo dolor; pero hay un consuelo: son dolores de

un nuevo alumbramiento. La mariposa quiere romper su capullo; lo desteje, lo rasga; entonces viene á embriagarla la luz desconocida, el imperio de la libertad.

En estos hombres *capaces* de tristeza—¡que serán pocos!—es donde se hace el primer ensayo de saber si la humanidad, de *moral* que es, *puede transformarse en sabia*. El sol de un Evangelio nuevo despide su primer rayo sobre las más altas cumbres de las almas de estos hombres aislados: allí se acumulan las nubes más espesas que en cualquiera otra parte, y conjuntamente reinan la claridad más pura y el más sombrío crepúsculo. Todo es necesidad—así habla la ciencia nueva,—y aun esta ciencia es necesaria. Todo es inocencia, y la ciencia es la vía que lleva á penetrar esa inocencia. Si la voluptuosidad, el egoísmo, la vanidad son *necesarias* para la producción de los fenómenos morales y su más lozano florecimiento, en el sentido de la verdad y de la justicia del conocimiento; si el error y el extravío de la imaginación ha sido el único medio por el cual la humanidad podía elevarse poco á poco á este grado de esclarecimiento y liberación de sí misma, ¿quién se atrevería á estar triste por divisar el fin adonde llevan estos caminos? Todo en el dominio de la moral se modifica, cambia, se halla incierto; todo en fluctuación, es verdad, pero también todo está en movimiento *progresivo* y hacia un solo fin.

El hábito hereditario de los errores de apreciación, de amor, de odio, tiene que continuar actuando en nosotros; pero bajo la influencia de la ciencia en desarrollo, se hará más y más débil: un nuevo hábito, el de comprender, el de no amar, de no odiar, de ver desde lo alto, se establece insensiblemente en nos-

otros en el mismo suelo, y será dentro de miles de años bastante poderoso quizá para dar á la humanidad la fuerza de producir al hombre sabio, inocente (consciente de su inocencia), con tanta regularidad como produce actualmente al hombre no sabio, injusto, consciente de su falta, *es decir, el antecedente necesario, no el opuesto á aquél.*

CAPITULO III

La vida religiosa.

108. *Doble lucha contra el mal.*—Cuando un mal nos affige, podemos librarnos de él, ó bien suprimiendo la causa, ó bien modificando el efecto que produce en nuestra sensibilidad, hasta por un cambio del mal en un bien, cuya utilidad no se revelará quizá sino más tarde.—La religión y el arte (así como la filosofía metafísica), se esfuerzan en provocar el cambio de sensación, sea por el cambio de nuestro juicio sobre los hechos de nuestra vida (por ejemplo, valiéndose del principio: Dios castiga lo que ama), sea sacando el placer del dolor mismo, despertando la emoción en general (que es lo que el arte del trágico toma como punto de partida). Cuanto mayor sea la inclinación de un individuo á interpretar y justificar, menor todavía será el mal que atribuya á las causas del mal y menos las evitará: el alivio y la anestesia momentáneos—como se hace con el dolor de muelas—le bastan aun en los sufrimientos más graves. Cuanto más terreno pierde el imperio de las religiones y de todas las artes de narcotismo, con mayor empeño se proponen los hombres la supresión completa de los males, lo que sienta muy mal por cierto á los poetas trágicos—puesto que así encuentran menos materia